



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 1 de diciembre de 1999

Compromiso por la promoción de la familia

1. Para una adecuada preparación al gran jubileo no puede faltar en la comunidad cristiana un serio compromiso de redescubrimiento del valor de la familia y del matrimonio (cf. *Tertio millennio adveniente*, 51). Ese compromiso es tanto más urgente, cuanto que este valor hoy es puesto en tela de juicio por gran parte de la cultura y de la sociedad.

No sólo se discuten algunos modelos de vida familiar, que cambian bajo la presión de las transformaciones sociales y de las nuevas condiciones de trabajo. Es la concepción misma de la familia, como comunidad fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer, la que se ataca en nombre de una ética relativista que se abre camino en amplios sectores de la opinión pública e incluso de la legislación civil.

La crisis de la familia se transforma, a su vez, en causa de la crisis de la sociedad. No pocos fenómenos patológicos -como la soledad, la violencia y la droga- se explican, entre otras causas, porque los núcleos familiares han perdido su identidad y su función. Donde cede la familia, a la sociedad le falla su entramado de conexión, con consecuencias desastrosas que afectan a las personas y, especialmente, a los más débiles: niños, adolescentes, minusválidos, enfermos, ancianos...

2. Así pues, es preciso promover una reflexión que ayude no sólo a los creyentes, sino también a todos los hombres de buena voluntad, a redescubrir el valor del matrimonio y de la familia. En el *Catecismo de la Iglesia católica* se lee: "La familia es la *célula original de la vida social*. Es la sociedad natural en que el hombre y la mujer son llamados al don de sí en el amor y en el don de la vida. La autoridad, la estabilidad y la vida de relación en el seno de la familia constituyen los

fundamentos de la libertad, de la seguridad, de la fraternidad en el seno de la sociedad" (n. [2207](#)).

Al redescubrimiento de la familia puede llegar por sí sola la razón, escuchando la ley moral inscrita en el corazón humano. La familia, comunidad "fundada y vivificada por el amor" (*Familiaris consortio*, 18), encuentra su fuerza en la alianza definitiva de amor con la que un hombre y una mujer se entregan recíprocamente, convirtiéndose juntos en colaboradores de Dios para transmitir la vida.

En la base de esta relación fontal de amor, también las relaciones que se entablan con los demás miembros de la familia, y entre ellos, deben inspirarse en el amor y caracterizarse por el afecto y el apoyo mutuo. El amor auténtico, lejos de encerrar a la familia en sí misma, la abre a la sociedad entera, dado que la pequeña familia doméstica y la gran familia de todos los seres humanos no se oponen, sino que mantienen una relación íntima y originaria. En la raíz de todo esto se halla el misterio mismo de Dios, que precisamente la familia evoca de modo especial. En efecto, como escribí hace algunos años en la *Carta a las familias*, "a la luz del Nuevo Testamento es posible descubrir que el modelo originario de la familia hay que buscarlo en Dios mismo, en el misterio trinitario de su vida. El *Nosotros* divino constituye el modelo eterno del *nosotros* humano; ante todo, de aquel *nosotros* que está formado por el hombre y la mujer, creados a imagen y semejanza divina" (n. 6: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 25 de febrero de 1994, p. 6).

3. La paternidad de Dios es la fuente trascendente de toda otra paternidad y maternidad humana. Contemplándola con amor, debemos sentirnos comprometidos a redescubrir la riqueza de comunión, de generación y de vida que caracteriza al matrimonio y a la familia.

En ella se desarrollan relaciones interpersonales, en las que a cada uno se le encomienda, aunque sin esquemas rígidos, una tarea específica. No pretendo aquí referirme a las tareas sociales y funcionales, que son expresiones de marcos históricos y culturales particulares. Más bien pienso en la importancia que revisten, en la relación sponsal recíproca y en el común compromiso de padres, la figura del hombre y de la mujer en cuanto llamados a actuar sus características naturales en el ámbito de una comunión profunda, enriquecedora y respetuosa. "A esta *unidad de los dos* confía Dios no sólo la obra de la procreación y la vida de la familia, sino la construcción misma de la historia" (*Carta a las mujeres*, 8: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 14 de julio de 1995, p. 12).

4. Asimismo, el hijo debe considerarse como la expresión máxima de la comunión del hombre y de la mujer, o sea, de la recíproca acogida-donación que se realiza y se trasciende en un "tercero", en el hijo precisamente. El hijo es la bendición de Dios. Transforma al marido y a la mujer en padre y madre (cf. *Familiaris consortio*, 21). Ambos "salen de sí mismos" y se expresan en una persona que, a pesar de ser fruto de su amor, va más allá de ellos.

A la familia se aplica de modo especial el ideal expresado en la oración sacerdotal, en la que Jesús pide que su unidad con el Padre implique a sus discípulos (cf. *Jn* 17, 11) y a los que crean en su palabra (cf. *Jn* 17, 20-21). La familia cristiana, "iglesia doméstica" (cf. *Lumen gentium*, 11), está llamada a realizar de modo especial este ideal de perfecta comunión.

5. Así pues, al acercarse la conclusión de este año dedicado a la meditación sobre Dios Padre, redescubramos la familia a la luz de la paternidad divina. De la contemplación de Dios Padre podemos deducir sobre todo una urgencia que responde muy bien a los desafíos del actual momento histórico.

Contemplar a Dios Padre significa concebir la familia como el lugar de la acogida y de la promoción de la vida, laboratorio de fraternidad donde, con la ayuda del Espíritu de Cristo, se crea entre los hombres "una nueva fraternidad y solidaridad, verdadero reflejo del misterio de recíproca entrega y acogida propio de la santísima Trinidad" (*Evangelium vitae*, 76).

A la luz de la experiencia de familias cristianas renovadas, la Iglesia misma podrá aprender a cultivar, entre todos los miembros de la comunidad, una dimensión más familiar, adoptando y promoviendo un estilo de relaciones más humano y fraterno (cf. *Familiaris consortio*, 64).

Saludos

Me es grato saludar a los peregrinos de lengua española, de modo especial a la "Asociación Profesional Española de Informadores". Saludo también a las parroquias de Yecla y a los visitantes de diversos Países de América Latina. Al exhortaros a todos a trabajar por la salvaguardia de la familia, os bendigo con afecto.

Muchas gracias.

Saludo a los peregrinos croatas

A Aquel que es Amor (cf. 1 *Jn* 4, 16) sólo se puede acceder con un corazón lleno de amor. Por tanto, el perdón a los hermanos y hermanas, y la reconciliación con ellos, son necesarios para poder acceder a Dios (cf. *Mt* 5, 23-24), para recibir de él el perdón (cf. *Mt* 6, 14-15; 18, 33-35; *Mc* 11, 25) y restablecer la concordia, destruida por el pecado, entre Dios y el hombre y, al mismo tiempo, entre los hombres.

Saludo a una delegación de Eslovenia

Amadísimos hermanos, habéis venido a Roma para devolverme la visita que realicé a vuestro país con motivo de la beatificación del obispo Anton Martin Slomsek. Os agradezco de corazón

este amable gesto, que confirma vuestra devoción al Sucesor de Pedro. Expreso mi gratitud a los miembros del comité organizador aquí presentes, encabezados por el presidente. Al recordar con alegría la cordial acogida que me dispensaron y el fervor que manifestaron los fieles durante las celebraciones, deseo que, por intercesión del beato Anton Martin Slomsek, las semillas sembradas entonces produzcan una abundante cosecha de fe profunda y de caridad operante. A todos imparto mi bendición.

Saludo en italiano

Me dirijo ahora a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*, en este encuentro recién iniciado el Adviento.

Queridos *jóvenes*, salid al encuentro de Cristo con la coherencia de la fe testimoniada en la vida ordinaria.

A Jesús, que os ha querido asociar más íntimamente al plan de salvación, ofrecedle, queridos *enfermos*, vuestros sufrimientos, convencidos de que así cooperáis al bien de la humanidad entera.

Y vosotros, queridos *recién casados*, que habéis consagrado vuestro amor en el sacramento del matrimonio, sed generosos, acogiendo el gran don de la vida.

A todos imparto mi bendición.